



DIALOGO

ENTRE GALAN Y DAMA, TITULADO:

COBRAR LA FAMA ES NOBLEZA Y DESEMPEÑAR SU AGRAVIO.



Saldrá la dama con una espada en la mano y dirá de esta suerte:

A desempeñar mi agravio
vengo quejosa de un hombre,
y he de beber de su sangre
á pesar de sus rigores,
sin que el mundo le defienda,
aunque se opongán los montes,
aunque bajen á millares
las estrellas de esos orbes,
se resolverá esta causa
á los filos de este estoque,
dará la vida á la parca
pagando sus sinrazones,
puesto que me dió palabra
de ser mi esposo, y faltóme
á las leyes del amor,
con mengua de honor y nombre;

si lo hizo no me pesa;
seré contra él un bronce,
seré una sierpe dañina
de verdinegros colores,
que vomitando veneno
castigaré sus acciones...

*Se aparecerá el galan en la sala ó
teatro, y continuará la d'ima:*

Fementido caballero,
hombre falso entre los hombres,
saca, cobarde, esa espada,
y aunque soy mujer, disponte
á reñir, que la victoria
será mia, no lo ignores.



porque siempre á la razón
le ayudan otras razones.

Gal. Detente, rara hermosura,
piedra imán de admiraciones,
que á tu presencia me tienes
pidiéndote mil perdones:
vuelve el acero á la vaina,
oculta el brillante estoque,
que ya me tienen sin vida
tus terminantes razones.

Dam. Correrán mis ojos fuentes
hasta apagar los ardores
que en mi generoso pecho
arden por causa de un hombre.

Meterá su espada en la vaina irritada del agravio; hará la dama que llora, y el galán la dará un pañuelo, con el que se limpiará el rostro.

Gal. No llores, bella deidad,
hermosa ninfa, no llores,
no robes con tanto imperio
escondidos corazones.
Toma ese blanco pañuelo,
coge las perlas que corren
por la márgen de tu rostro,
á ese Océano de flores.
Oyeme, bella serrana,
templa tus ardientes voces,
pirata de la hermosura,
de las mujeres el norte,
blanco de mis esperanzas,
que si el hado lo dispone
he de ser tu fiel esposo
á pesar de quien lo estorbe.

Dam. ¡Cómo es eso! tú mi esposo?
No lo digas, no lo nombres;
el que una vez me ha engañado
no es bien que otra vez lo logre.
Mas fácil es que se muden
esos empinados montes,
y que tiemblen los castillos,
que se estremezcan las torres,
y que caigan los planetas
de esas celestes regiones;
que el sol oculte sus luces,
negando sus resplandores,
y oscureciendo esferas

el día se vuelva noche,
y que las olas del mar
suspendan su curso móvil,
y abierta la tierra en piras
me oculte en sus panteones.
Confusa y maravillada,
llena de mil confusiones,
vengo á definir la causa
que infama mis pundonores.
Pediré al cielo venganza,
á los astros, á los orbes,
á los ríos, á los mares,
á los riscos, á los montes,
á los prados, á las selvas,
á los mirtos, á las flores;
aves, peces, animales,
en cuyos varios colores
vais publicando la estirpe
de vuestras generaciones,
volved por aquesta causa
mal dirigida de un hombre.

Gal. Confieso, señora mía,
que he errado, y me perdone
tu gallarda gentileza,
supuesto que eres noble;
mas fácil es perdonar
que seguir ciegos errores.
Y supuesto que eres diosa,
deja vagas opiniones.
Peregrino soy, señora,
que al cielo de vuestra corte
camino y caminaré
ignorante, ciego y torpe,
hasta hallar seguro puerto
y alivio á mis aflicciones.
Yo soy pelicano amante,
corta, despedaza y rompe
mi pecho, y verás en él
impresas mis intenciones;
oblíguate mis querellas,
reprímante mis pasiones,
ablándente mis suspiros,
y suavícete mis voces.

Dam. Ni me rindo á tus caricias
ni me ablando á tus razones:
ni me aliento á tus suspiros:
seré un mármol, seré un bronce,
que ni le ofenda la lima,
ni del martillo los golpes,

y el buril mas acerado
no oprime en él sus retoques.

Gal. No niego, señora mia,
que anduve mal por entonces,
mas quien confiesa el delito
razon es que se perdone.

Dam. Eso para Dios se queda,
no lo dudes, no lo ignores,
y no para una mujer
que vitupera intenciones.

Gal. No me ausentaré, señora,
de tu vista, sin que logre
me des de esposa la mano,
suponiendo que eres noble,
y con esto aplaudirán
tu hidalguía estos señores,
y enternecidas las damas
que en esta alfombra de flores
están, van á celebrar
de este alarde los primores.

Se dan las manos y dice ella:

Dam. Mucho han podido tus ruegos,
toma esta mano y responde:
¿estimarás mi fineza?

Gal. Premiaré tus pundonores.

Dam. Te pareceré yo linda?

Gal. Díganlo bien tus dos soles,
que flecheros de Cupido
van rindiendo corazones.

Dam. Parece que eres discreto.

Gal. Soy mas dichoso que cuantos
poetas en el Parnaso
bebieron dulces licores.

Dam. Y tú me has querido bien?

Gal. Díganlo mis intenciones,
pues te serviré, señora,
sin reparo á condiciones.
Ciego seguiré tus huellas
cual imán que busca el norte.

Dam. Quisiste mucho á Lisarda?

Gal. Jamás rondé sus balcones;
pues nadie pudo robar
el blanco de mis pasiones;
sola tú, bella Diana,
imán de los corazones.

Dam. Serás cuidadoso amante?

Gal. Y mas amante que Adonis;
y en premio de ser tu esposo
te consagro adoraciones.

Dam. Y en cambio de esta fineza
ya doy premio á tus amores
y alivio á tus esperanzas,
sin que haya contradicciones.

Gal. Beso tus plantas, señora,
pura deidad de estos bosques,
Vénus de estos promontorios,
y Dafne de aquestos montes,
á quien le rinden aplausos
los cánoros ruiseñores
al desterrar en la aurora
los ámbitos de la noche.

Los dos juntos:

Y humildes galan y dama
unidos los corazones,
un victor piden de gracia
si lo merecen sus voces.

FIN DEL DIÁLOGO.

COPLAS PARA CANTAR LOS ENAMORADOS.

Tú eres mi primer amor,
tú me enseñaste á querer,
no me enseñes á olvidar,
que no lo quiero aprender.

Que no te olvide jamás
con lágrimas me pediste;
cómo el corazon y el alma

han de poder resistirse?

Entra el amor por los ojos,
deposítase en el pecho,
le alimentan los oidos,
mas le matan los desprecios.

Corazon, aunque te abrases
no mandes tocar á fuego,



que el remedio suele ser
el mas peligroso incendio.

De dos penas que ha querido
dar Amor á un desdichado,
es el ser aborrecido
menos que ser olvidado.

Son tan breves los instantes
que se disfrutan las dichas,
como dilatado el tiempo
que se tarda en conseguirlas.

Aunque padezca fatigas
y sufra mi corazon,
mas quiero en tí la esperanza
que en otra la posesion.

Entre callar yo mi pena
ó publicar mi afliccion,
si la callo no hay alivio,
si la digo, no hay pasion.

Me aconsejan que te olvide,
yo no te puedo olvidar,
como no saben querer
me vienen á aconsejar.

Con alas volaba amor
por gozar del sol mas cerca,
y el calor las derritió
como si fueran de cera.

¿De qué sirve que yo quiera
disimular el dolor,
si en los ojos y el semblante
llevo escrita mi pasion?

Desde que te ví te amé,
porque amar y ver tu cielo
bien pudieron ser dos cosas,

pero ninguna primero.

¿Quién verá, Vénus divina,
tu hermosura y gentileza,
que no te dé por tributo
mil vidas si las tuviera?

No estaré jamás sin tí,
que solo podrá el rigor
separarte de mis ojos;
mas no de mi corazon.

Soñé que en brazos de amor
estaba cual otro dueño,
y al despertar sin la dicha
hallé que la vida es sueño.

Jamás pensé, vida mia,
quererte como te quiero:
cuando me voy á acostar
no puedo cojer el sueño.

Se remonta mi pasion,
pero temo la caida,
que suele quien alto sube
acabar con la ruina.

Mis penas me han de matar,
porque ya en mi pecho siento,
le faltan tanto las fuerzas
que casi á vivir no acierto.

Estoy tan bien con mi mal
desde que sufrí un desden,
que el bien me parece mal
y el mal me parece bien.

En los brazos de la noche
por vivir quise dormirme,
pues quien vive como yo,
solo cuando duerme vive.

FIN.

MADRID.

Despacho de Marés y Compañía,
calle de Juanelo, núm. 49.